

# En tierra maya (1901)

Frederick Starr

Todos los viajeros que llegan a Yucatán comentan sobre lo limpio que son sus habitantes; esta característica es notable en los indios, pero también la han adquirido los mestizos, los blancos y los negros. No sólo son limpios, sino que se visten bien. Los hombres usan sombreros de palma redondos, de ala ancha; rara vez llevan los pantalones angostos, del tipo mexicano. Cuando desempeñan trabajos pesados, los indios protegen sus camisas blancas envolviéndose en

una tira de tela parecida al cotí. Las mujeres se visten con un traje blanco muy amplio de dos piezas, ribeteado con una cinta negra o de color. Por lo general usan collares largos o un rosario entre cuyas cuentas intercalan monedas de oro; de la parte inferior cuelga una cruz o una medalla también de oro. Las mujeres de edad madura casi siempre son corpulentas y caminan con aire majestuoso.

Mérida es más grande y está mejor construida de lo que esperábamos.

*Frederick Starr.* Antropólogo norteamericano asociado a la Universidad de Chicago. Viajó extensamente por México y emprendió un proyecto de antropología física y cultural entre los mayas yucatecos. Estuvo en Yucatán en 1901 y en 1908. Publicó su libro *En el México indio* de donde tomamos este extracto. Murió en 1933.



Mérida, calle 60. Foto tomada desde la Catedral, ca. 1900.



Muchas de las casas, especialmente en las afueras de la ciudad, son de forma elíptica y sus muros están hechos de pequeñas piedras colocadas en forma compacta sobre una mezcla de barro. En el centro de la ciudad, las casas están cubiertas de yeso pintado y son de un estilo típicamente latinoamericano. Afuera de la estación había muchos pequeños carruajes tirados por un caballo. Caminamos por el centro y los únicos lugares que estaban abiertos eran las peluquerías y las farmacias; nos sorprendió ver la gran cantidad que había de estos establecimientos.

Nos habían mandado al Hotel Concordia, pero al llegar nos sentimos muy frustrados porque la encargada nos informó que no había habitaciones disponibles; sin embargo, nos sugirió que fuéramos al otro lado de la calle, al Hotel de México. Como ya habíamos hecho arreglos para que nos llevaran nuestras cosas, no quisimos buscar cuartos en otra parte de la ciudad y fuimos a inspeccionar los de este hotel recomendado. Para llegar, tuvimos que pasar por una peluquería que daba a un patio angosto, luego subimos por unas escaleras desvencijadas y allí encontramos nuestras habitaciones sucias, calientes, descuidadas y con mal olor. Aún así, querían que pagáramos cuatro dólares por estas dos selectas alcobas que tenían dos camas sin ningún espacio entre ellas.



Atrio de la Catedral y el Palacio de Gobierno. Mérida, *ca.* 1916.

Cuando protestamos, el propietario nos dijo fríamente: "Pues sí, aquí todo es muy caro; pero hay dinero para pagarlo." Y era verdad. En Mérida las condiciones eran las más anormales de todos los lugares que he visitado. Debido a la guerra en las Filipinas y a la interferencia en el comercio del cáñamo, había una gran demanda de la fibra del henequén y, por lo tanto, el dinero abundaba. En los restaurantes buenos, el precio del platillo era de treinta centavos, en lugar de los diez o doce que costaba en la Ciudad de México. Los carruajes no cruzaban la calle por menos de cincuenta centavos; por un refresco, que en la capital costaría tres centavos, aquí se pagaban doce. La línea más corta del tranvía costaba diez centavos; y todo lo demás seguía esta misma proporción. Lo que nos dijo el hotelero de que había dinero para pagar esos precios tan exorbitantes también era verdad. Tuvimos que pagar a los cargadores el cuádruple y a los transportistas el triple de lo que pagamos en otras partes de México. Vimos a unos cargadores que pedían platillos de treinta centavos en los restaurantes, limpiabotas que consumían una nieve que costaba un real, vendedores de periódicos que viajaban en carruajes y otros detalles igualmente sorprendentes. Los domingos por la noche tocaban buena música en la plaza y todo el mundo se reunía allí vestido con sus mejores atuendos;

pregonaban la venta de fruta, confituras y bebidas refrescantes que consumían en grandes cantidades; en los pasillos había mesitas donde servían sorbetes, leche helada y otras bebidas. En el hotel pasamos una noche de horror debido al calor, al polvo, a las lámparas mal colocadas y a los mosquitos y otros insectos. A la mañana siguiente, dejé a mis compañeros y me fui a Progreso para resolver el asunto del equipaje. Esta vez, para variar un poco, tomé la vía ancha pero no hubo gran diferencia en el paisaje. La cantidad de molinos de viento era asombrosa y la mayor parte de ellos eran aeromotores fabricados en Chicago. En una de las estaciones se bajó una multitud de indios puros y luego se subió otra igual. Al cónsul de Estados Unidos en Progreso le interesaba tanto la arqueología que no tenía tiempo de estar en su oficina, pero encontré a su vicecónsul, un mexicano. Le expliqué nuestras dificultades y seguí su consejo de depositar los cuarenta dólares que nos pedían de impuesto; también firmé varios documentos en protesta por los que tuve que pagar casi cuatro dólares más de timbres. Sólo entonces me permitieron llevar las placas que necesitábamos usar de inmediato y dejé el resto en Progreso para recogerlo cuando decidiéramos regresar de nuestro viaje.

Seguimos el consejo del vicecónsul y nos cambiamos del Hotel de México al Moromuzo, que pertenecía a un



estadounidense que llevaba muchos años en el país. Aunque tuvimos que pagar más por estos cuartos, estuvimos más cómodos. Después de mucho buscar, encontramos un restaurante chino; los precios no eran tan elevados y el servicio era tan bueno como el del lugar aristocrático donde habíamos cenado la noche anterior. Ese día, aunque era domingo, fuimos al palacio con esperanzas de ver al gobernador. Nos informaron que había salido de la ciudad y que regresaría al día siguiente. Así que a mi regreso de Progreso, por la tarde, fui a verlo de nuevo, pero me dijeron que el gobernador había tenido que salir otra vez y me pidieron que volviera al día siguiente. Al tercer día, me presenté una vez más y me enteré que, por ser día festivo, el gobernador no iría al palacio; su secretario me recomendó que fuera a verlo a su

casa. Entonces, fui a su casa. Allí, le mandé mi tarjeta junto con las cartas que tenía de las autoridades federales y, después de que me dejaron esperando un buen rato en el pasillo, me sorprendió que me informaran que el gobernador no me podía recibir, que debía acudir al palacio al día siguiente, a las dos de la tarde. Le respondí con un mensaje muy amable que ya había esperado tres días para ver a su excelencia y que nuestro tiempo era limitado, pero mi sorpresa fue aún mayor cuando recibí la cáustica respuesta de que ya se me había dicho cuándo me vería. El resto de ese día y la mañana del día siguiente nos dedicamos a visitar la ciudad.

Ante la imposibilidad de visitar al gobernador Cantón, tomé un tranvía a Itzamá para ver al obispo y solicitarle una carta dirigida a su clero. El conocido obispo Ancona había

Mérida, Palacio Municipal,  
ca. 1915.



fallecido recientemente y el nuevo titular era un joven que provenía del interior de México. Llevaba aquí unos cuantos meses. Había estado enfermo durante todo el período de su residencia y tenía una apariencia frágil y débil. Me recibió amablemente y después de leer las cartas que le entregué, me preguntó si había estado en Puebla hacía dos años; cuando le respondí en forma afirmativa, me indicó que me había conocido en el palacio del obispo de Puebla y que en ese entonces se había enterado de mi trabajo y de mis estudios. Me entregó una carta excelente para los miembros de su clero y, cuando salí, me insistió efusivamente que cuidara de mi salud y de la de mis compañeros durante nuestra estancia en la región. Cuando había llegado de Puebla, hacía tan sólo unos meses, había traído consigo a tres compañeros y todos ellos habían muerto de fiebre amarilla. Me dijo que aunque ésta no era la época en que proliferaba esa temible enfermedad, ya se habían dado algunos casos en la ciudad. Aproveché para informarme que se habían anunciado más de ochocientos casos de viruela en Mérida y que muchos de ellos eran del tipo más virulento. El domingo, mientras caminábamos, el polvo nos llegaba hasta los tobillos; en cambio, el martes y el miércoles, tuvimos dificultades para cruzar las calles porque estaban llenas de lodo y, a veces, el agua lodosa medía más

de un pie de profundidad. Esto ocurre con frecuencia y los peatones tienen que contratar un carruaje para poder cruzar la calle. Si uno camina, corre el riesgo de que los vehículos y los tranvías lo salpiquen de lodo y agua. Durante los cuatro días que pasamos en Mérida conocimos a varias personas interesadas en la literatura y visitamos varias instituciones, entre las cuales la más fascinante fue la del Museo Yucateco, que está a cargo del señor Gamboa Guzmán. No es lo que debería ser ni lo que podría ser, a pesar de su escaso presupuesto, pero contiene cosas interesantes en lo que se refiere a la arqueología, a la historia local y a la zoología. Resulta particularmente atractivo para los estadounidenses porque Le Plongeon participó en su fundación y en su desarrollo inicial.

El último día que estuvimos en Mérida vimos a los xtoles. Son grupos de danzantes indios que van de casa en casa durante la época del carnaval. Sus trajes conservan algunas características de los antiguos trajes indios. El pequeño grupo que vimos constaba de quince danzantes, incluyendo al portador del estandarte; todos eran hombres, pero la mitad de ellos estaban disfrazados de mujeres y asumían ese papel. Los hombres llevaban la camisa y el calzón blancos que siempre usan, pero con una franja roja a un costado de la pierna; en varias partes de su atuendo



habían sujetado unas campanillas de estaño o bronce que cascabeleaban; un cinturón rojo rodeaba su cintura; todos usaban huaraches. Los danzantes disfrazados de mujeres usaban los típicos trajes blancos con orillas decoradas en las mangas y el cuello; llevaban collares de cuentas doradas y cadenas de oro con pendientes. Dos de los bailarines eran niños pequeños, pero el resto eran jóvenes de hasta 35 años de edad. Todos usaban unas coronas que consistían en una pequeña rueda de estaño de la que surgían dos tiras curvas que se cruzaban en medio de la cabeza; de allí salían cuatro plumas, ya naturales, ya de estaño. Dos de ellos llevaban coronas más grandes, con plumas verdaderas, y representaban al rey y a la reina. Debajo de las coronas tenían unos pañuelos muy vistosos, rojos o azules, que les cubrían la cabeza y colgaban hasta debajo de los hombros. Todos los danzantes llevaban máscaras. Los hombres usaban unas bandoleras de algodón con diseño de animales, pájaros y figuras geométricas; de sus puntas cuadradas colgaban unas conchas marinas. En las manos llevaban curiosos abanicos y matracas que movían en forma graciosa mientras bailaban. Los abanicos estaban hechos de las bellas y brillantes plumas moteadas del pavo ocelado —un ave típica de Yucatán y de las regiones vecinas—, y los sostenían por un mango hecho con la piedra y la pata del

pavo. Había dos músicos, uno con un pífano largo o pito, y el otro con un huéhuetl o tambor que tocaba con la mano. A un lado del tambor colgaba una concha de tortuga que el músico golpeaba con un cuerno de venado. El grupo llevaba un estandarte con una representación del sol con danzantes y una serpiente; en la parte superior del palo del estandarte había un disco de estaño que representaba la cara del sol. La música aparentemente era de origen indígena y la letra de la canción estaba en maya. Los bailes eran graciosos y de movimientos interesantes. El señor Thompson, nuestro cónsul estadounidense en Yucatán, opina que este baile es antiguo y cree haber encontrado representaciones de él en los muros de las ruinas de Chichén Itzá.

Mérida se enorgullece de su carnaval y sostiene que es el tercero del mundo, sólo el de Venecia y el de Nueva Orleans lo superan. Reconocieron que la celebración de este año había sido bastante inferior a la de los años anteriores. Dijeron que se debía a la gran cantidad de enfermedades que prevalecían en la ciudad. Como quiera que sea, resultó ser un evento insípido. El día 15 hubo procesiones —una por la mañana y otra por la tarde—, organizadas por dos clubes de jóvenes, y una trataba de superar a la otra. Vimos la de la tarde y no nos pareció particularmente interesante. Un conjunto de carruajes particulares

formaba una fila y pasaba por las calles; adentro iban hombres, mujeres y niños, pero pocos llevaban máscaras o alguna otra cosa que llamara nuestra atención. En la procesión había también cinco carros alegóricos. Uno representaba a un barco de oro que llevaba a unas jóvenes muy bonitas; estaba hecho de tal manera que parecía que subía y bajaba sobre las olas del mar. El segundo carro representaba la famosa estatua de Chac Mool; un indio colocado en la posición de esta figura sostenía una olla sobre su pecho, mientras que uno o dos más estaban parados a su lado como si fueran sus guardias o compañeros. El carro más atractivo estaba cargado con los productos de Yucatán y tenía un grupo de figuras que simbolizaban sus industrias e intereses. Sobre el cuarto carro iba erguida una figura

femenina en una carroza tirada por leones. El quinto era cómico; representaba a un matrimonio en la vida pública y en la otra privada. Ante la mampara que dividía las dos escenas una pareja vulgar demostraba su afecto, y detrás de la mampara se encontraba enfrascada en un pleito conyugal. Estos carros alegóricos estaban intercalados en la procesión, que no era muy larga.

El día anterior habíamos presenciado la batalla de las flores en el carnaval. No había flores; se trataba de una larga procesión de carruajes que en su mayoría eran particulares y buenos; estaban llenos de jóvenes muy bien vestidos y sólo unos cuantos usaban máscaras; desde sus carrozas, tiraban confeti a manos llegas a los que iban también en carrozas en dirección opuesta, ya que era

Mérida, Palacio Municipal,  
ca. 1900.





Mérida, "El Gran Hotel",  
ca. 1905.

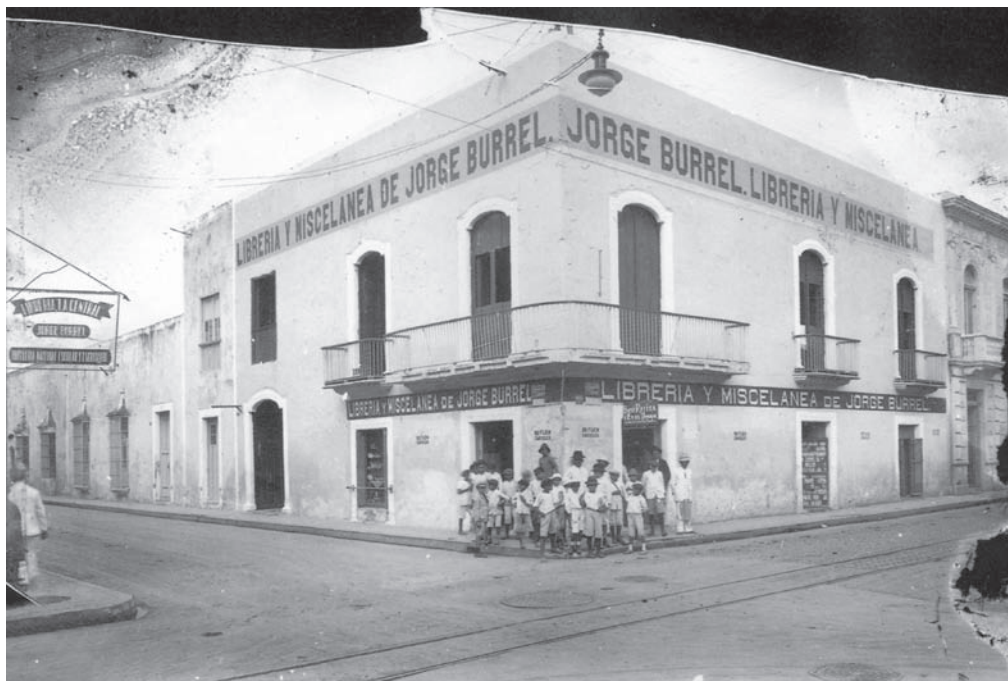


una procesión doble. Por lo general, las chicas y las señoras lo arrojaban a los jóvenes y a los hombres, quienes, a su vez, regresaban el cumplido; las mujeres llevaban el pelo suelto y no usaban sombrero, de modo que, en pocos minutos, lo tenían cubierto de papelitos de colores brillantes. También aventaban serpentinas al aire o dirigidas a alguna persona; al desenrollarse se veían muy bonitas y todos acababan enredados en estas cintas de papel. Multitudes de niños pobres corrían a los lados y detrás de los carruajes en medio de esa lluvia de confeti y serpentinas que guardaban o volvían a arrojar sobre los que pasaban. Los balcones de las casas elegantes estaban repletos de gente, así como las sillas y la plataforma que habían colocado frente a la casa de gobierno. Todos los que estaban en

los balcones y en las sillas tiraban esos papelitos sobre los carruajes. Muchos de los niños que miraban desde los balcones usaban máscaras y disfraces grotescos, pero muy pocos adultos estaban vestidos para la ocasión. Aunque la Batalla de las Flores fue un espectáculo bonito y típico, nos desilusionó porque le faltaba vida y ese "abandono" que solemos asociar con el carnaval. Todo era reservado, respetable y falto de entusiasmo. Los únicos que se divertían eran los niños pobres con sus montones de confeti y serpentinas. El lunes por la tarde se llevó a cabo la función más llamativa del carnaval. Se trataba de una enorme procesión de vehículos; las carrozas particulares, muy bien equipadas, estaban llenas de damas y caballeros elegantemente vestidos; los carruajes rentados formaban una fila



Mérida, calle 60 x 59, ca. 1910.



y algunos de ellos iban repletos de gente común, con cuatro, cinco y hasta seis personas en cada uno; en uno iban cuatro cargadores jóvenes y en otro una abuela anciana con sus dos hijas y algunos de sus nietos, indios puros, que desfilaban satisfechos, disfrutando de saber que los demás admiraban sus bellos atuendos; algunas de las carrozas particulares sólo llevaban a las nanas indias o a los sirvientes favoritos. Aun aquí había muy pocos grupos que fueran realmente vistosos, vivaces o bellos. Todo el asunto resultaba forzado, artificial y demasiado formal. Ocasionalmente pasaba un grupo que realmente parecía divertirse. Un caballo que estaba en los huesos arrastraba una vieja carreta que bien podría haber sido de algún doctor rural y en ella iba el caballero, vestido comúnmente, pero

con toda una familia de personitas que desbordaban alegría. Otro grupo divertido era el de un carretero que desfilaba en su propio carretón con sus hijos, bien limpiécitos aunque sin disfraz; en dos o tres carrozas había personas con máscaras, pero ninguna de ellas me causó gracia; un grupo de jóvenes ruidosos y alborotados rentó la carreta de un acarreador y se dedicó a hacer todo tipo de travesuras y a vociferar disparates a la multitud.

Fui a Mérida con el propósito de ver al jefe de los xtoles para comprarle algunos de los objetos que usan en sus bailes. Esa noche, cuando me disponía a ir a la dirección que me habían dado, me encontré en la plaza con el señor Fernández, quien aceptó acompañarme. Recorrimos una distancia corta en tranvía, nos bajamos en la esquina de una calle angosta y,



en el momento en que empezábamos a caminar, una persona detuvo por el brazo a mi compañero y lo saludó. Era el dueño de la pequeña tienda frente a la cual caminábamos. Nos invitó a pasar y le contamos el objeto de nuestra búsqueda. El tendero inmediatamente nos dijo que necesitaríamos llevar una linterna porque el camino estaba oscuro y le ordenó a su empleado que nos acompañara, por lo que le estuvimos verdaderamente agradecidos. Finalmente llegamos a casa de don Gregorio, el jefe de los danzantes. Fernández era amigable y charlatán; saludó a todos los grupos de muchachas y mujeres que encontramos en el camino y también a las que estaban en la casa diciéndoles "lindas" y otras galanterías. Sin embargo, se notaba preocupado, miraba para todas partes y preguntaba repetidamente

cuándo iba a llegar don Gregorio. Los danzantes aún no aparecían, pero esperaban su llegada de un momento a otro; de hecho, podíamos oír su música a lo lejos. Cuando finalmente llegaron, su jefe, que estaba muy borracho, insistió en que no podía tratar el asunto sino hasta después del día siguiente, que era cuando culminaba el carnaval y el día más importante para los que bailaban. Al recibir esta respuesta, Fernández agarró la linterna que el empleado nos había dejado, me tomó por el brazo y nos fuimos a paso vertiginoso. Mientras corríamos por la calle empedrada, miraba furtivamente a derecha e izquierda y me dijo que sin duda había personas en el barrio que lo habían reconocido; que en más de una ocasión, en ese mismo barrio lo habían apedreado cuando había ido a vender sus biblias y que



Mérida, Carnaval, ca. 1910.

era muy arriesgado estar ahí porque en cualquier momento nos podrían atacar. Sin embargo, la gente aparentemente estaba demasiado emocionada con el carnaval como para perder el tiempo atacando protestantes; no oímos que zumbara ningún proyectil y pronto llegamos a la esquina donde estaba la tienda, dejamos la linterna y nos fuimos a casa. Aún no sabía si los trenes iban a funcionar al día siguiente, martes, con motivo del carnaval. Sin embargo el tren que necesitaba tomar, el de las siete de la mañana, salió como de costumbre, aunque fue el único que hizo ese día el recorrido a Progreso. A mis compañeros les dio mucho gusto verme, pero me encontré con la noticia de que nuestro enfermo estaba convencido de que su muerte era inminente; a decir verdad, continuamente escupía sangre negra que salía de sus encías y esto me preocupó más que sus síntomas anteriores. El carnaval de Progreso no sólo nos pareció más natural y menos pretencioso, sino también mucho más vivaz y divertido que el de Mérida. No cabe duda de que algunos de los espectáculos, rayaban en lo indecente, pero, en general, era de carácter festivo y no dio lugar a que Manuel exclamara piadosamente que se cometían muchos abusos. Hombres adultos y jóvenes iban en grupos por las calle, vestidos con listones y flores, con las caras pintadas o embadurnadas; muchos llevaban puñados de harina o de

pintura azul que lanzaban sobre los rostros o sobre la ropa limpia de los que encontraban en su camino; varios conjuntos de enmascarados bailaban por las calles; pandillas de niños casi desnudos, pintarrajeados de colores, jugaban al toro con uno que estaba metido dentro de una estructura de madera. Un hombre, completamente desnudo, pintado de manera grotesca, andaba a cuatro patas por las calles; jóvenes disfrazados con ropa de mujer, con las caras pintadas o cubiertas con máscaras, deambulaban solos y se dirigían con voz de falsete a los que pasaban, contándoles todo tipo de tragedias o preguntándoles cosas absurdas. Había una compañía de bailarines profesionales —con su estandarte, su director, su música y sus trajes de fantasía— y cada uno de sus integrantes sostenía dos bastones con los que realizaba una gran variedad de movimientos graciosos; cantaban una canción en español que nos interesó porque se parecía mucho a la canción de los xtoles y los pasos de la danza eran casi idénticos. En la noche fuimos al baile de los mestizos, donde se reunió la élite de la pequeña ciudad. El lugar estaba repleto. Aunque la música y el baile estuvieron bien, un rato nos pareció más que suficiente porque el humo del tabaco y el perfume eran abrumadores. Para nuestra dicha, el miércoles llegó el Hidalgo, con destino a Coatzacoalcos.